

Diario Toledano

PERIODICO DE INFORMACION

PRECIO DE SUSCRIPCION

En Toledo: Un mes, 1,00 ptas.—En las demás provincias: Un trimestre, 3,50; un semestre, 6,50; un año, 12,00.—En el extranjero: Un año, 30,00.

Número corriente, 5 cént.—Número atrasado, 10 cént.

Fundador: J. Manuel Santos

Redacción y Administración: Calle de Carretas, núms. 3 y 5, telf. 211.
donde se dirigirá toda la correspondencia.

Director: Cándido Cabello Sánchez.

PRECIO DE ANUNCIOS

En la cabecera de la 1.ª plana, línea, 0,50 ptas.—En 1.ª plana, línea, 0,25.—En 2.ª plana, línea, 0,15.—En 3.ª plana, línea, 0,10.—En 4.ª plana, línea, 0,05.
La 4.ª plana, 35,00 ptas.—Media id., 15,00.—Un cuarto id., 6,00.—Comunicados y reclamos, línea, 0,25.—Esquelas funerales, en 1.ª plana, 10,00.—En 3.ª id., 5,00

GUSTAVO ADOLFO BECQUER



Los suspiros son aire, y van al aire,
Las lágrimas son agua, y van al mar.
Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
¿Sabes tú adónde va?

¿Cómo vive esa rosa que has prendido
Junto a tu corazón?
Nunca hasta ahora contemplé en la tierra
Sobre el volcán la flor.



¿A qué me lo decís? lo sé: es mudable,
Es altanera y vana y caprichosa;
Antes que el sentimiento de su alma
Brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda;
Que es una estatua inanimada... pero...
Es tan hermosa.



Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol:
Hoy la he visto... la he visto y me ha
mirado...
¡Hoy creo en Dios!

¿Qué es poesía? dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.



Cuando sobre el pecho inclinas
La melancólica frente,
Una azucena tronchada
Me pareces.

Porque al darte la pureza
De que es símbolo celeste,
Como á ella te hizo Dios
De oro y nieve.



Como la brisa que la sangre orea
Sobre el oscuro campo de batalla,
Cargada de perfumes y armonías
En el silencio de la noche vaga:

Simbolo del dolor y la ternura,
Del barco inglés en el horrible drama,
La dulce Ofelia, la razón perdida,
Cogiendo flores y cantando pasa.

Una lápida, muy sencilla por su obra, muy valiosa porque la ha esculpido el entusiasmo y la incensa el fervor de un pueblo entero, perennemente recordará desde hoy, en uno de los lugares de Toledo que mejor convidan a gustar el misterio de los siglos, el áureo nombre de un poeta cuyo espíritu libó en nuestra ciudad para regalar a las letras españolas con las mieles de su alma virgen y de su imaginación exuberante.

A este homenaje de veneración y de gratitud que la sin par Toledo, su patria espiritual y su predilecta musa, tributa a Gustavo Adolfo Bécquer, asóciase fervorosamente el DIARIO TOLEDANO, consagrando a su recuerdo esta modesta hoja, abriantada hoy con las más ilustres firmas de la intelectualidad española.

No osamos profanar con nuestra pluma humildísima el panegírico que ellas hacen del poeta. Si les preceden estas líneas es porque vaya por delante nuestra profunda gratitud a los insignes maestros que, por conducto del DIARIO TOLEDANO, cuyo requerimiento atendieron bondadosos, tributan a Gustavo Adolfo Bécquer un homenaje digno de su gloriosa e impercedera memoria.

GUSTAVO ADOLFO

Gustavo Adolfo Bécquer es un poeta siempre nuevo. Su inspiración supo nutrirse del perenne manantial del afecto, la pasión y el sentimiento humanos, y por eso su obra literaria no envejecerá nunca.

Hay escritores representativos de una época, a la que su recuerdo va unido. Bécquer, por el contrario, no se encierra en los límites de un período; sus producciones permanecerán vivas, actuales siempre, como expresión acabada de la sensibilidad del corazón humano.

Bécquer, sutil ingenio, excelso prosista, exquisito poeta, se sobrepone al tiempo, a través del cual su genio resplandece con mayor intensidad cada día.

E. DATO

ADHESION DEL SR. MAURA

Aplaudo la idea del homenaje a Bécquer, y deseo a ustedes en la realización de ella éxito digno del excelso poeta a que está consagrada.

A. MAURA

"POESIA, ERES TU,"

El recuerdo que a Bécquer dedica la castellana ciudad imperial tiene un gran sentido reivindicatorio.

El poeta sevillano que anhelaba descansar eternamente a orillas del Guadalquivir, tanto como amó, sintió y describió el ambiente de su tierra, amó

sintió y tradujo la naturaleza y el espíritu de nuestras regiones centrales. Más, y acaso mejor, que de Andalucía, acertó a hablarnos de Soria, del Moncayo y de Toledo.

Los literatos de su tiempo, casi todos académicos y engomados, le estimaron poco porque pecaba de familiar y de sencillo.

Pero con su sencillez trajo a las

letras del siglo pasado tres flores: la vegetal, la femenina y la de piedra.

Poeta, pintor y arqueólogo, labró con sus rimas y sus prosas un campo que, no obstante ser el más jugoso, estaba entonces a barbecho.

Después de su muerte, las mujeres, que tanto le habían ensombrecido la vida, le compensaron rodeando de luz perpetua su memoria. Ellas le han im-

puesto a los profanos, siempre generosos, y a los inteligentes, siempre remisos.

Por ellas continuará prevaleciendo su fama sobre tantas otras que han naufragado y se han ido a fondo a pesar del corcho que llevaban dentro.

No ha habido, ni acaso volverá a haber, poetas como Campoamor y él para llegar derechamente al corazón femenino. Y éste, en el mundo interior, es el amo.

ALFREDO VICENTI

DESPACHO DEL OTRO MUNDO

(POR EL CABLE)

DE Mariano de Cavia).

Cuéntame que en estos tiempos ha habido algo así como una plaga de descubridores de Toledo, lo mismo españoles que de tierras extrañas. Describan y ensalcen cuanto gusten, cada cual según se lo dicte su sensibilidad, los tesoros de esa Gran Capitana retirada de las ciudades ibéricas; pero que nadie presuma de descubrir estéticamente lo que ya estaba descubierto. Don José Zorrilla, en sus leyendas, recamó con los esplendores de su imaginación poética el viejo y casi arrinconado tapiz de la historia toledana. Yo, que eché por otros rumbos como poeta, puedo alabarme de haber hecho algo más que Zorrilla con mis narraciones en prosa; porque conseguí penetrar en el secreto del alma toledana y en el misterio de esas piedras seculares: piedras preciosas (aunque no deslumbren como los diamantes y rubíes) de la austera corona de una raza. Zorrilla fué el «faro» encendido en la oscuridad del puerto. Yo fuí el «práctico» que dió entrada en él a muchos desorientados navegantes.

Gustavo ADOLFO BECQUER

BECCUER

Sería Bécquer en estos tristes tiempos el cantor adecuado de la muerta España. Una fosa y una lira, una lágrima y un verso quedan tan sólo de la antigua grandeza española. Toledo inmortal, con ser la ciudad muerta, vive en su piedra como gloriosa mortaja. Pero lo demás de España se queda en cueros vivos por obra de los tristes destinos de Reyes y Gobiernos.

RODRIGO SORIANO



TOLEDO-BÉCQUER

Montón de riquezas confundidas en el franco abrazo, brusco y apretado de la corriente del río: Toledo, la ciudad gris, sin brillo, ni matices, ni halagos aduladores para los sentidos; la ciudad triste y severa, inspirada en los dogmas medievales y construida en el temor del infierno; semejante á un convento de muros almenados, capaz de contener á un pueblo entero, cuyos claustros cansaran con la enojosa sorpresa del laberinto y cuyas celdas guardasen cada una un cilicio y una espada.

**

Mucho tiempo después que el alma de Toledo abandonara su cuerpo, llegó un poeta, peregrino del mundo de lo ideal, á visitar las formas materiales del espíritu de los siglos pasados. Aquel poeta poseía el secreto de dar vida á los recuerdos. Fantasía capaz de gobernar sus sueños y corazón sensible al menor roce, como el de un niño enamorado, resucitó ideas en los cráneos vacíos, miradas en las órbitas, voces en las gargantas; escuchó choques de armas en las esquinas de las calles, murmullos de oraciones en los templos; pulsó el latido en la piedra de las esculturas yacentes; sorprendió pasiones en el fondo de las sombras, sonrisas de mujer tras floridos ajimeces, gnomos en el interior de la tierra, conversaciones á la corriente de las aguas.... Conoció el pasado como uno de esos cuadros incesantemente renovados que la inspiración de Dios pinta sobre las montañas en el ocaso solar y de esta manera, supo encontrar, entre las cenizas de las cosas muertas, destellos de vida tan fuertes y luminosos como los que pudieran dar en las tinieblas de la noche las facetas de un ascua tallada. Aquel poeta se llamaba Gustavo Adolfo Bécquer.

ALFONSO UNGRIA

LA LUZ DEL GENIO

Son tus páginas el fulgor de luz que proyecta sobre la senda trazada por la cultura; por ella avanza generosa una generación admirando tus obras, á la vez que recibe la sublime inspiración por las enseñanzas de tus magnas creaciones.

Su esclarecido númen ilumina las inteligencias y lleva á las filas de la cultura la provechosa afición que fomenta el adelanto de los pueblos.

La belleza de su literatura es bandera que enarboló entusiasmada el intelectualismo como orgullo y blasón de las letras castellanas.

Tu Patria es el herald de tus glorias conquistadas en la literatura, y las páginas que hicieron eminente el nombre de Bécquer, España las muestra al mundo entero como destello de luz que haga reflejar la admiración que propiamente se merecen.

J. SANCHO RODRIGUEZ

CAMPOAMOR Y BECQUER

Fuí yo siempre un ser excepcional en eso de asombrarme ante la lectura de una poesía española (por no decir castellana); y concretando, ante el sentir de una rima y el pensar de una dolora; entre Campoamor y Bécquer, que siempre fueron mis poetas favoritos; y de causarme asombro, asombrárame antes del estro del primero que de la lira del segundo.

Y no se maraville el lector de mi franqueza, lanzada precisamente en ocasión en que estamos obligados á tocar los registros más agudos de las trompas y de la fama en favor de aquel poeta inmortal, que si no fué toledano, debió serlo, por tener un florón más que añadir á la inmensa corona de Toledo. Razonemos.

Primavera brillante y bóveda celeste en la que los pajarillos cantan sus amores, en la que la plenitud de vida exuberante se muestra en todas partes.

Invierno triste, sombrío, en que los pajarillos cesaron en sus canciones de amor y de deseo, en la que los árboles

se despojan de sus verdes vestiduras y al cielo elevan sus escuetas ramas, pidiendo á Dios les mande un rayo de sol que los temple y vivifique; época tristísima del año en la que la naturaleza parece que se muere, y en la que el sol parece que se apaga....

Primavera todo es vida; invierno todo es muerte.

Día y noche, luz y sombra.

Norte y Mediodía.

Aquel el suelo asturiano, y éste es el suelo andaluz.

En aquel debe pensarse; en este debe sentirse.

Ese cielo siempre azul, ese sol siempre brillante, esas brisas siempre perfumadas, ese jardín constantemente florido, ese ambiente siempre embriagador, esa eterna primavera, forman el poeta andaluz y que en él se reunan la viveza natural y sensible del númen meridional y la exaltación vibrante del Asiático.

¿Cómo puede asombrarnos que en las rimas del gran Bécquer se descubran todas las galanuras de su imaginación ardiente, los ecos cadenciosos de su lira que ríe llorando y canta gimiendo, su incomparable armonía, su espon taneidad, sus floridas imágenes, el todo, en fin, de sus afligranadas poesías?

Asombrárame que el poeta hubiera nacido entre las nebulosidades, entre las tristezas, entre las sombras, entre la atmósfera fría de ese norte siempre lóbrego en el que se piensa y canta ¿quién lo duda?, pero siempre con dejes, dejes unisonos con el temperamento de su naturaleza fría, que sólo escala ecos monótonos y sombríos.

Asombrárame que el genio poeta surgiera en Andalucía y no cantara, como me asombra que el genio que vió la luz entre sombras, cante á un sol que no conoce.

¡Gran verdad es que los extremos se tocan!

¡La naturaleza tiene abismos insondables! Campoamor nace en el Norte, donde todo hiela.... Bécquer viene á la vida en país meridional, en donde todo abrasa, y aquel produce sus Doloras, concisas, ligeras, filosóficas, sus cantatares, á veces profundos, á veces.... doloras y con frecuencia epigramas; sus poemas parecen inspirados por un corazón nacido en Andalucía. Las poesías de Bécquer, sus inimitables rimas concebidas por un cerebro caldeado por las brisas del Guadalquivir, bajo aquel espléndido sol que da aroma y colores á las flores del azahar y el limonero, no ya dejes de dolor y desengaño, sino hondas y amargas de muerte muelven la inspirada pluma del poeta sevillano, como si bebido hubiere sus ideas bajo el sol que nunca quema, y el dosel verdinegro de los sombríos castaños, cuyo fruto espinoso clavó sus aceradas púas en aquel gran corazón que nació para sufrir.

Admiremos al Soberano Poder que puede hacer imposibles, al extremo de formar un hielo que quema y una llama tan fría que puede congelar un corazón de fuego.

JAVIER SORAVILLA

Bécquer.

MI POBRE OFRENDA

El sol de Sevilla le vió nacer, y esta ciudad hermosa arrulló su infancia.

La gracia y donaire de la mujer andaluza; las flores y los pájaros; el cielo, las aguas y la tierra, con sus armonías diversas de formas, movimiento, color y sonidos, prestáronle jugo á su corazón, alegría á su espíritu, encendiendo en su alma intrépida y juvenil, un ideal hermoso: la conquista de gloria y fortuna por medio del arte.

Vivió poco, muy poco y muy mal.

Por ser demasiado bueno, generoso y de grande y sensible corazón, hubo de sufrir el que la multitud amaría, el conglomerado de los ignorantes, la plaga de los egoístas endurecidos, le pagara piadosa en vida y en muerte con decirle: ¡pobre Bécquer!

Hizo del dolor un placer. Con la amargura que destiló su vida, fabricó la miel más dulce de su arte exquisito.

Nunca le abandonó la desgracia; implacable fué con él hasta la crueldad; y no obstante llevarla siempre á cuestras sobre sus

hombros débiles y sobre su pecho de respirar difícil, triunfó con ella....

Siempre la visión de un más allá luminoso y bello, renovaba su decaída esperanza, y confortaba su espíritu, á través de las asperezas y dificultades del vivir humano.

Hombre ya, un día tras otro, hostigado fué y maltratado hasta el ensañamiento, por aquella enfermedad tan persistente, que constituyó tal vez su mayor martirio, su mayor gloria quizás.

Entre los ardores y escalofríos de la calenera aquella, que enflaquecía su cuerpo, daba especial belleza á su rostro, sonrosaba sus pómulos, blanqueaba su piel, transparentando la red venosa azulada, al mismo tiempo que caldeaba sus miembros, aceleraba su pulso, reseca sus tejidos y calcinaba su sangre, lanzada dificultosamente por el corazón en las estrechas arterias que regaban su empobrecido organismo, exaltábase su fantasía prodigiosa, haciendo brotar simultáneamente en su cráneo espacioso, esas extrañas múltiples lucecillas, visiones nebulosas que aparecen en el vacío oscuro tan raras y fluidas, sin forma, sin color determinado, que vagan, giran, saltan, aparecen, desaparecen tan vertiginosas y fantásticas, corriéndose cual chispeante lluvia de estrellas, con tal profusión y seguidas de tal número de imágenes embriónicas, de ideas, de pensamientos, de juicios concretos, y moviéndose con tal inquietud, que, «como enjambre de abejas irritadas», bullían tumultuosas, rebotando en su interior, chocando contra las paredes de su frágil arquitectura, pugnando en tropel por salir, ordenadas, á encarnarse en formas bellas y con vida palpitante.

Es condición natural de la fuerza, en lo efímero material y espiritual, lo rápidamente intensa en sus cristalizaciones ó reproducciones varias; pero no así, cuando ha de responder con dificultad á leyes vitales, sometida violentamente á un proceso de forzosa actividad, á cierta desesperada inercia, cuya quietud reparadora ha de ser rota constantemente sin tregua ni descanso por el estimulante deseo de penetrar en lo hondo y reproducir allá la suspirada imagen, con todos los caracteres típicos de la forma y el espíritu que la engendra.

Mucho debió sufrir y mucho también debió gozar Gustavo Adolfo, cuando niño, en su tierra maravillosa, hasta que la adolescencia rozó su frente, despertando en su cerebro mozo un ideal de gloria.

Mucho debió sufrir ya hecho hombre y mucho también sintiéndose artista, cuando el tema obligado en sus producciones literarias es la esperanza y el dolor.

Espíritu delicado, necesitó de pequeño los cuidados exclusivos, insustituibles, de una madre cariñosa y buena.

Ya hombre, en pleno desarrollo vital, el amor puro y concentrado de una mujer hermosa, inteligente, tierna y amable, con un alma tan exquisita y sutil como la suya. Y una vez artista, la amistad verdadera limpia, de envidia, de amigos sinceros, y las caricias lisonjeras de la fortuna libertadora que cicatrizará las llagas que la miseria y el abandono habían producido en su corazón desgarrado.

Mariposa blanca de alas transparentes, poseída de toda la vibración amorosa de la del tejedor de la seda, eligió esta ciudad viejisima, medio arruinada, cual su jardín favorito y de su más selecto encanto; para depositar en él, el polen fecundo de su radiante númen poético.

Y revoloteó vivaz y curioso sobre sus muros carcomidos, y recogió depositándola en sus versos prodigiosos y en su extraordinaria prosa, la esencia poética de nuestra ciudad legendaria. Y él hizo aparecer de entre el polvo de los siglos que cubre á sus ruinas sagradas, el cáliz misterioso que encierra y ata las frescas y lozanas hojas de la flor esplendorosa, de sus gloriosos recuerdos.

Y lloró sobre sus monumentos derruidos y sobre sus muros vetustos.

Y oró creyente en las noches de luna, ante los Cristos antiguos de flotante cabellera, guardas venerables y austeros de los silenciosos cobertizos.

Y él penetró con su espíritu bondadoso vidente y sutil, hasta lo más íntimo y escondido del alma toledana. Y él cantó sentimental y romántico, la hermosura y la gracia de la mujer de raza castellana. Y la vió idealizada como flor de amanecer, entre las rosas blancas, los geraneos rojos, y las enredaderas de hojas verdes y campanillas azules, que ufanas trepan movidas por el viento, por entre los bien forjados y repujados hierros, que adornan y defienden la ventana medioeval en la casa solariega.

Y la vislumbró bellísima, misteriosa y poética, en la calle solitaria, cual pájaro en su jaula, tras la celosía estrellada de arábigo aji-

mez, mora ó judía, sufriendo luego heroica, por la fe cristiana, martirios de pasión. Y la sintió amorosa y conmovida, besar ardiente con sus labios rojos, las negras alas de mensajera gondrina africana.

Y él la vió protagonista en los íntimos dramas del corazón, resignada y trágica tras la reja del conventual, luchando intrépida entre el amor y la fe, entre la monja y la madre, entre la tierra y el cielo, entre los hombres y Dios.

Y él cantó vivamente á la bizantina virgen tradicional viéndola madre, con su niño en brazos, sentada majestuosa y radiante, en el trono espléndido de su Catedral, rica y crujiente de majeza y gracia.

Y él se alzó rugiendo como león herido cuando supo y vió, que las hordas francesas se atrevieron salvajes á profanar las tumbas toledanas; á ultrajar la belleza; á mover en los sepulcros de granito, los huesos venerandos de los héroes castellanos, que al lado de sus mujeres hermosas, duermen en los templos, envueltos en la majestad del silencio, encerrados para siempre, en sus gloriosas armaduras de hierro.

Y él por fin se levantó, arrogante, magnífico y retador, contra los vándalos españoles, pidiendo enérgico, en nombre de los artistas, de los que estudian y piensan, un cartel condenatorio, clavado en un muro viejo, para proteger á la ciudad de todos, contra las profanaciones de los bárbaros de dentro y fuera que arruina la patria, á título de una civilización progresiva estúpidamente prosaica y demoleadora.

Y él también, hombre progresivo y amante de la verdad, forjó su arte modernísimo en el yunque de la realidad vivida, hermoseado por un culto idealismo encendido y elevado, según se remontaba su espíritu á la altura, ó volvían á recogerse rotas las alas á su misera jaula de carne.

AURELIO CABRERA Y GALLARDO

(Escultor.)

Deuda de reconocimiento

Honrar á Gustavo A. Bécquer, y honrarle en Toledo, es satisfacer deuda de reconocimiento al artista insigne que ennobleció sus obras fantaseando las gloriosas tradiciones y poéticas leyendas de aquella incomparable ciudad. Pero el homenaje no debe ser sólo externo y cortés recuerdo al ingenio esclarecido, sino devoción de espíritu, que identifique nuestro sentir con el excelso y delicado del exquisito vate, que cantando la idealidad de nuestro pueblo, irradió su alma en torrentes de soberana belleza.

Sirva el obsequio de estímulo y ejemplo para no olvidar nunca que pueblos sin ideal, que satisfagan los anhelos de su alma colectiva exuberante de vida, ni son dignos de ser inmortalizados en sublimes estrofas, ni merecen atención y sí sólo olvido enervante, como valores positivos en la obra magna del progreso y dignificación humana y nacional.

Haga, pues, Toledo, con el homenaje á Bécquer, no una fiesta más sin transcendencia, sino propósito firme de avivar su alma dormida, buscando ideales que la ennoblezcan é inspiren respeto en la vida nacional, y no le faltarán en tiempos futuros, como los tuvo en los pretéritos, cantores que en himnos de alabanza ensalcen la grandeza de una provechosa, fecunda y viril rehabilitación, necesaria en los pueblos que quieren ostentar personalidad propia en la actuación social de la vida moderna.

ALVAREZ ANCIL

¡Todo mortal!.....

Bécquer fué el poeta de su propia alma; sus rimas, sus cartas y sus leyendas son, más que otra cosa, un canto á su espíritu mismo.

Loó á la vida en sus más atractivas exuberancias: las mujeres, las golondrinas y las campanillas azules; ensalzó á la inmortalidad en sus más expresi-

vos testimonios: el Arte y los siglos.

Eso culmina en la obra de Bécquer: su pasión por la inmortalidad, á la cual mostró una fe inextinguible.

No la pudo extinguir sino la muerte misma; que, al quebrar su arpa prodigiosa, y como enojada de que un tal poeta, digno de morir soñando, desapareciese sin cantarla, arrancó á sus cuerdas de oro aquellos amargos acENTOS de «¡Todo mortal!...»

¡Menguada revancha de la muerte! Si quiso probar su triunfo sobre la poesía—que son las mujeres, las golondrinas y las campanillas azules, el Arte y los siglos, la vida, en fin—erró enteramente en su propósito.

Ya el poeta, vengándose de ella en vida, formuló un axioma que la muerte todavía no ha desmentido:

Podrá no haber poetas; pero siempre ¡Habrá poesía!

A. GÓMEZ CAMARERO

El corazón femenino.

Es Bécquer el poeta romántico por excelencia; su obra acusa en él un romanticismo puramente subjetivo, que brotando á raudales de su alma de artista, le donó á la inmortalidad primorosamente recamado en sus prosas y en sus rimas.

Diferencias notablemente de los farautes del romanticismo, como son el duque de Rivas, Zorrilla y Tassara porque éstos rindieron culto en parte á ese otro romanticismo histórico y legendario que lanzó al campo de la Poesía Walter Scott, en tanto que Bécquer no tuvo más fuente que su propio «yo», ni más objetivo que rendir culto á su ingente idealismo, supremo compendio de su alma de poeta.

Como Espronceda, autor del canto *A Teresa*, uno de los poemas amorosos que mejor se han escrito, es Bécquer un romántico revolucionario dentro de la ideología del arte, que rompiendo viejos moldes, dejó volar su fantasía creando soberbias concepciones, sin más normas que las dictadas por su pensamiento siempre afligranado, pensamiento prócer, señorial y artista. No tiene la policromía, la luz, el arco iris ni la fuerza descriptiva de Zorrilla, pero en su obra existen más ideas, mayor espiritualidad, y sobre todo más humanismo.

En Toledo templó su espíritu aristócrata de la lírica; por eso su obra está saudada de ese vago misterio suave y sobrenatural que flota en las laberínticas calles toledanas oscuras y solitarias, donde hay cruces, y cristos exangués, vírgenes patinadas por los siglos, cuyos rostros borrosos alumbran un arcaico farolillo de aceite encendido por mano devota, y en donde repercute el sonar de la campana de algún viejo convento que llama á coro á claustradas mujeres, en cuyo corazón ostentan una blanca flor de pureza y misticismo.

La obsesión de Bécquer—digámoslo así—fué analizar minuciosamente el corazón femenino; cantó á la mujer y á las flores, sus hermanas; por eso es melancólico hasta conmovernos, tierno y apasionado, asomando también la amargura, la desilusión, el dolor y el desengaño.

Su obra perdurará eternamente en tanto que no dejen de existir Carmen, la morena pasional y ardiente, que tiene en su corazón un volcán, y Pilar, la mujer de líneas puras que tiene unos ojos rasgados y negros, y peligrosos como hipnales, y María Luisa, la mujer rubia que tiene sueños azules y es melancólica y de una ternura inefable, y Mercedes, la mujer pudorosa que va para santa y ama las madonas, los cirios rizados, las albas tocadas y los rosarios de Santa Godelieve, y cuyos corazones es nido de sutiles y distintos sentimientos de donde emanan efluvios de Amor y Poesía, que es lo que constituye la obra del poeta.

CÁNDIDO CABELLO SANCHEZ

Gratitud y admiración.

Al saber que Toledo consagra un homenaje a la memoria del exquisito Bécquer, he sentido halagada mi condición de hijo de esa provincia, porque nunca se honrará y enaltecerá tanto la imperial ciudad, como al dedicar un recuerdo de gratitud y admiración para el que fué cantor de su grandeza y de su poesía.

Recuerdo que fui hace años en una admirable puesta de sol, á gozar de la soledad dulcísima y de la inefable paz de la plaza de Santo Domingo el Real, encontrándome con que por allí paseaba una bella dama, de aspecto extranjero, que, de cuando en cuando, leía una obra con fanática unción. Entré en curiosidad de saber cuál era el libro, para cuyo saboreo había buscado la hermosa un lugar tan sereno y cautivador, lográndolo por mi fortuna. Era una colección de poesías de Bécquer, traducidas al inglés por Jordán, con el título *Spanische Lieder*.

Más de una vez imité á la delicada admiradora de Gustavo Adolfo, y entonces fué cuando, con el complemento felicísimo del propicio ambiente toledano, llegué á gustar de toda la sublime emoción y el inquietante sortilegio de alguna leyenda del autor de las *Rimas*.

DIEGO LOPEZ MOYA

UN RECUERDO

Durante varios años, he habitado en esta ciudad, en la calle de la Lechuga, núm. 8, é inquiriendo cuál pudiese ser el origen de esta denominación, averigué no ser otro que el de haber en el chaflán de una de las aristas de la citada calle, una hoja de acanto empleada como ornamentación; de modo que cuando se diese nombre á las calles de Toledo, se tomó la hoja de acanto por una hoja de lechuga, y está fué la causa de tal nombre. Otras calles de Toledo traen también su origen de fragmentos decorativos, como la de la Granada, la del Angel, etc.

Habiendo visitado esta ciudad don Luis Rodríguez Miguel, respetable catedrático de la Universidad de Salamanca, vino á mi casa á devolver la visita que le hiciera, y durante la conversación, me manifestó que á la casa de enfrente, situada en el rincón, venía él en otros tiempos todas las noches, acompañando á los hermanos Gustavo Adolfo y Valeriano Domínguez Bécquer, acompañándoles también D. Narciso Campillo (q. s. g. h.), catedrático que fué después de Literatura en el Instituto del Noviciado. En efecto, la casa era entonces propiedad de un tío de los Bécquer, cuyos descendientes aún habitan en Toledo. Entonces, yo, que desde niño admiraba á los dos hermanos, redacté una solicitud que firmaron la mayor parte de los propietarios de la calle y de los inquilinos de ella, recogiendo yo las firmas de una en una, de casa en casa, en la que se pedía que se cambiase el nombre de la calle, dándole el nombre de calle de los Bécquer. Esta solicitud la recomendé insistentemente á todos los amigos que tenía en el Ayuntamiento, y con especialidad, más que á todos, al Sr. D. Victoriano Medina, habiendo logrado éxito satisfactorio en mis gestiones, por lo cual me complazco en darles aquí las gracias públicamente. Como detalle curioso, debo añadir que yo no pude firmar la solicitud, pues no era ni propietario de ninguna de sus casas, ni inquilino, ya que sólo estaba hospedado en la repetida calle.

Yo no quise que la calle se llamase sólo de Bécquer, pues siendo Valeriano un pintor tan genial, como poeta eminente fué Gustavo Adolfo, no había razón ninguna para olvidarse de uno de los dos hermanos, compañeros inseparables de infortunios y miserias. Yo no soy exclusivista, ni estoy conforme con los exclusivismos, que siempre me recuerdan á aquel sujeto que en un sermón elocuente veía llorar impasible á todo el resto de los oyentes, y preguntando si no se conmovía al oír cosas tan bien dichas, contestó: es que yo no soy de esta parroquia. Para mi toda

manifestación noble del espíritu humano es igualmente digna de admiración y respeto, no queriendo nunca dar la preferencia á unas disciplinas intelectuales sobre otras. Esto me recuerda también otro cuento que viene á pelo. Se encontraban cenando varios hombres de Ciencias y Letras con algunos distinguidos artistas y militares, y disputando acaloradamente, sostenían: el matemático, que el primer hombre del mundo, había sido Newton; el poeta, que había sido Homero; el militar, que Julio César; el escultor, que Miguel Angel; el pintor, que Velázquez; y así, sucesivamente, hasta que el camarero, poniendo las cosas en su punto, y volviendo por los fueros de la razón, dijo: pobres señoritos, qué tontos que están, el primer hombre del mundo fué Adán.

Precisamente, yo conocí y admiré las obras de Valeriano, mucho antes de conocer y admirar las de Gustavo Adolfo; y antes conocí los dibujos de los dos compadres y del sacamuelas, que la rima de las golondrinas. Y conste que no tengo en mi Biblioteca las obras de Gustavo Adolfo por sabérmelas de memoria, y que soy tan entusiasta de este poeta y escritor, que puedo desig-

TOLEDO Y BECQUER

La psicología de Bécquer es excepcional por lo misteriosa. Tuvo el poeta de las rimas por cuna la hermosa Andalucía, y, sin embargo, no sirvieron de inspiración á su rica fantasía ni el cielo esplendente de aquella tierra privilegiada, ni sus fertilísimas vegas, ni el aire embalsamado, y mucho menos el genio bullicioso y alegre, en extremo, de los hijos de la antigua Bética: mal se compadecía el carácter jovial y siempre risueño de la gente sevillana con el espíritu taciturno, triston y ensimismado de Gustavo Adolfo; así es, que ninguno de los rasgos que constituyen el temple andaluz se estampó en el alma del poeta.

Impulsado por una especie de atavismo irresistible, abandona en edad temprana, muertos sus padres, las márgenes del Guadalquivir en busca de un ambiente más en armonía con los anhelos de su original nimen. Se aleja de la bullanga y de la fiebre del goce material, y se refugia en la ciudad silenciosa; prefiere la inmóvil esfinge de una construcción arqueológica á la movilidad y vértigo babilónicos; antepone la

tos y educación, son, en extremo, diferentes. Heine fué un sectario, un mercader de creencias, como afirma un eximio publicista, que no supo respetar lo santo y digno de veneración; mientras que Bécquer conservó, en medio de sus infortunios y crudezas de la ingratitude, la fe en la Providencia y el fervor por lo sobrenatural. Aunque admitiéramos que Bécquer imitó á Heine, como algunos pretenden, hay que ceder á la evidencia de que nuestro poeta esquivó con instinto admirable el humorismo irreligioso y blasfemo del escritor de Düsseldorf, perdurando en aquél una inspiración y sello verdaderamente personal.

Ya que por responder al amable requerimiento del señor director de DIARIO TOLEDANO hemos trazado estas líneas tomando parte en el homenaje que la simpática juventud escolar ofrenda al poeta sevillano, concluyo diciendo que del mismo modo que nuestra ciudad «dió al pintor cretense sus pinceles», porque aquí formó su escuela, á Gustavo Adolfo dió la inspiración.

Debemos, pues, exclamar: BÉCQUER, POETA TOLEDANO, TEODORO DE SAN ROMAN Catedrático.



nar en Toledo cuáles son los sitios en que están inspiradas la inmensa mayoría de sus rimas y muchas de sus composiciones en prosa.

Y para terminar estas líneas, añadiré que sólo el que no sepa el idioma alemán ó no haya leído las traducciones, es el que puede creer que alguna de las poesías de Bécquer haya sido inspirada por la lectura de las del esclavizado poeta Enrique Heine. Yo me sé de memoria también en el original alemán muchas de las poesías de este último, y puedo decir que no hay semejanza entre las del uno y del otro poeta, siendo las del alemán en su mayoría, irónicas y amargas, más aún que melancólicas, lo cual se explica fácilmente, teniendo en cuenta la naturaleza de la enfermedad que le llevó prematuramente al sepulcro y el que más de una vez debió perder la paciencia al oír decir á su amante esposa: Supongo, Enrique, que no te irás á morir, pues ya sabes el disgusto que he tenido al morirse la cotorra y no querrás darme otro encima.

VENTURA REYES Y PRÓSPER

soledad de las calles y el silencio de las tumbas á la algazara y clamoreo de las grandes urbes. Por eso viene á Toledo: y reposando en el abrupto macizo de sus siete colinas, que contornea el caudaloso Tajo; ante la severidad y grandeza de los monumentos que alberga en su recinto la antigua ciudad de los Concilios, sus desiertas callejuelas y medrosas encrucijadas, sus históricos monasterios, escondidos como si esquivaran el tráfago de las gentes, el espíritu del genial artista encontró el más rico venero para sus leyendas y la más intensa inspiración para sus endechas y cantos impregnados de melancolía y de ternura.

La crítica literaria desecha hasta la hipótesis de que la inspiración becqueriana tuviera precedentes en alguna escuela española; pero no falta quien sostiene la filiación artística de nuestro poeta con el alemán Enrique Heine. Si bien, en términos absolutos, no puede negarse que existe bastante analogía entre el poeta de las rimas y el autor de *L'Intermezzo* y *Hojas caídas*, las tendencias morales de uno y otro, como engendradas por distintos temperamen-

DEL TIEMPO PASADO

Aquel señor de aspecto aristocrático y bonachón, con su amplia calva, sus ojos grandes y su barba gris; aquel señor que se impuso por cariño paternal la cruenta labor de vigilar mi aplicación escolar, leía todas las noches invernales, antes de cenar, sentado á la mesa de su despacho, el *Diario de Barcelona*, el famoso *Brusi*, del gran Mañé y Flaquer. Yo estudiaba en silencio una lección de Química....

Un día, buscando al azar en la librería de aquel despacho, tropecé con Bécquer. Leí sin descanso, absorto, anhelante; había encontrado á mi poeta.

Aquella noche, mi protector y amigo no se dió cuenta de que sobre las páginas de mi Química odiada habían reposado, para encanto mío, las extrañas rimas, las amadas leyendas becquerianas.

Y al siguiente día, cuando el maestro me hizo sentar sin conseguir que dijese nada de la lección, con un: —¡No sabe usted nada de nada!, sonriente,

casi orgulloso, le hablé á un compañero, con bisbeo de rezo:

«Yo sé un himno gigante y extraño que anuncia en la noche del alma una aurora»

Mi condiscipulo abrió los ojos, me miró espantado, y se tapó la boca con ambas manos para no reír á carcajadas. Era tan buen estudiante como majadero.

El curso terminó sin saber yo una palabra de Química. El lector del *Brusi* no pensaba jamás explicárselo.

Desde entonces, mi culto al poeta se hizo semi-sagrado; toda su obra me fué familiar. Había formado mi alma, y me acompañó en las mañanas primaverales del Retiro, y en las tardes de Julio, durante las vacaciones, en el pueblo, en que gustaba yo de leer al poeta silenciosamente, bajo el toldo de mi patio, lleno de arbustos y de flores, enarenado, húmeda la arena por el riego, recorriendo mi cuerpo una deliciosa sensación de frescura, mientras por la calle desfilaba un rebaño de ovejas que balaban tristemente, agobiadas por el sol asfixiante de aquellas siestas largas, pesadas, blancas....

Después Toledo. ¿Quién como tú, oh poeta excelso, supo ver á Toledo?, ¿quién describió el misterio de sus calles?, ¿quién descifrar la leyenda de sus ruinas, donde crecen la yedra y el jaramago, que tú adorabas?

Toledana fué tu alma, toledana fué tu musa, porque toledana fué la mujer de tus rimas, esa de hazes negras y de negros ojos, que te hace creer en Dios cuando pasa y te mira.

Sea para tí, poeta de mi pueblo, de sus mujeres y de sus leyendas, mi humilde salutación.

MANUEL M. ESPADA

El secreto de Bécquer.

Una mujer fué la causa...

Ella, siempre fué por ella
La buena ó la mala estrella
De aquel que sigue su huella
Con loca fascinación;
Néctar celestial ó lodo,
Ella es la causa de todo
Y no hay manera, no hay modo
De sustraerse á su acción.

Dolor del alma que oprime,
Ilusión grande, sublime
Influencia que deprime
Para el mal ó para el bien;
Esperanza, fantasía,
Nube negra, luz del día,
El crimen, la poesía,
El Infierno ó el edén.

Una mujer inconsciente,
Pecando como inocente,
O pecando de imprudente,
Que yo no lo sé decir,
Fué la misteriosa dama
Que dió fuego, cuya llama
Dió resplandores de fama
A quien logró hacer morir.

Ella fué la que al poeta,
Que su ilusión no sujetó,
Le hizo genial, le hizo atleta,
Del saber decir mejor:
Ella, de feliz memoria,
Quien para el Arte y la Historia
Mostró al poeta la gloria
Con llamaradas de amor.

Por ella los sinsabores
Del genio que con amores
Hizo que hablaran las flores
Y el tibio rayo de luz.
Y en su amante desvario
Su fe puso en el desvío,
Vió perlas en el rocío
Y placeres en la cruz.

Ella, hermosa y hechicera,
Por quien el mundo se altera,
Mujer, la causa primera
Del concierto universal;
Realidad y fantasía,
Hiel á veces ó ambrosia,
Hoy sin ella no sería
Bécquer, poeta inmortal.

FEDERICO LAFUENTE

Becqueriana.

Los ilustres hermanos Quinteros nos han honrado con el siguiente fragmento de una obra, así titulada, que preparan para la Zarzuela.

Poema musical en un acto, inspirado en la rima que comienza: «Yo soy ardiente, yo soy morena...»—Música de María Rodrigo.

FRAGMENTO

Por uno de los senderos del bosque aparece la romántica figura del POETA, semejante a la de Manrique, aquel loco perseguido del rayo de luna. Camina despacio, absorto en sus pensamientos.

EL POETA

Entre nubes de oro y rosa
muere el día...
El perfume de la tarde
me acaricia...
Canta, brisa, dulcemente;
canta, brisa,
que tu voz entre las hojas
es la mía.
Explayar quiero mi alma,
no ser hombre,
y fundirme en el misterio
de este bosque.

Los vagos y tenues rumores del bosque se hacen poco a poco más perceptibles, y suavemente van acrecentándose hasta convertirse en voces humanas, que traducen su misterioso lenguaje.

UNAS VOCES

Eco es tu voz que a mis entrañas llega;
reposa en mi regazo...
Yo besaré tu frente soñadora,
tu corazón cansado.

OTRAS

Amores que meceis con vuestro vuelo
los nidos en las ramas,
iluminad la frente del poeta
y acariciad su alma.

EL POETA

Amor es engaño vano,
torpe anhelo,
mentida ilusión del hombre,
loco sueño.
Del amor probé las mieles
y el veneno,
y el amor por que suspiro
no lo encuentro.

Mujer que encendiste
mis locas quimeras;
mujer de mis sueños
invisible imán:
¿qué flores te esconden?
¿en qué mundo habitas,
que nunca mis ojos
viniste a encantar?

El susurro de fuente escondida
para mí es tu voz;
las estrellas en el alto cielo
tus pupilas son;
el rocío que tiembla en las flores
llanto de tu amor.

Yo sé que tú existes,
yo busco tus huellas;
yo en todo momento
te siento llegar...
¡Te ofrezco mi gloria
no más por oírte,
y el alma y la vida
por verte no más!

Siéntase con aire melancólico en el tronco caído. A sus palabras se estremece el bosque todo, como si el amor batiera en él sus alas poderosas.

De improviso surge a los ojos del POETA la figura de la PASIÓN, de hermosura de fuego, y se llega a él.

EL POETA

¿Quién viene a turbar mi reposo?

LA PASIÓN

«Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas?»

EL POETA

No es a tí, no.

S. Y. J. ALVAREZ QUINTERO

El Eterno Femenino.

Mientras exista una mujer hermosa
¡habrá poesía!

A Bécquer se le comprende mejor en Toledo que en Sevilla. El alma andaluza, y por lo tanto, melancólica, quejumbrosa y nostálgica del poeta, rima bien con el alma árabe, sufriente, que gime en las orillas del Tajo.

He tenido la evocación más clara de Bécquer en esas serenas y silentes

noches de Toledo, paseando sus desiertas calles, sus plazas solitarias, libres del ultraje de los moradores vulgares. En aquellos rincones románticos, callejuelas y enrucijadas de leyenda, con las admirables siluetas de sus viejos edificios, que hablan de civilizaciones pasadas; ante aquellas hornacinas y aquellos Cristos que nos traen un soplo de Edad Media, se halla la cadencia de las estrofas de Bécquer, se comprende la fuerza del ambiente que lo moldea y le sugiere ensueños.

Pero lo más admirable de Bécquer no es su tristeza ni su rima heiniana, es lo ecuánime de su dulzura. No es rebelde ni tiene ironía profunda, no es siquiera un pesimista: es solamente un dolorido que se queja y llora, y que nos conmueve con su lamentación. Y, sin embargo, en su alma no falta la fe. Tiene una fe humana, redentora, que palpita en la suprema afirmación de la eterna poesía, en el Eterno Femenino.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine.)

Adhesión del Ateneo de Madrid.

Asóciome al homenaje a Bécquer en mi propio nombre y en el del Ateneo, aplaudiendo, entusiasta, tan culta y patriótica fiesta.

RAFAEL MARÍA DE LABRA

rosos, inquietos y alucinantes que han puesto sus manos sobre la materia para infundirle alma?

Encantada por la irradiación gloriosa de sus ciclos sobre las cosas y sobre los hombres, por la devastación trágica de su milenaria hermosura, y por el rumor de leyenda que viene desde siglos remotos hasta el día de hoy. Ese grupo de *Amigos de Bécquer* puede decirse que está constituido. Lo forman ya los profesores y sus amigos y discípulos, que semanalmente realizan instructivas y devotas excursiones histórico-artísticas; que podrían escribir un boletín modestísimo, principio y arranque de publicación análoga a la de esta Sociedad Madrileña de Excursiones, cuyos trabajos son leídos en todo el mundo, ó al boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones, ó al de la Granadina ó Catalana. Hasta podría aparecer el primer número de la *Sociedad de Excursionistas de Toledo* con la reseña de cuanto ocurra en la inauguración del monumento a Bécquer, pues no hay que olvidar que fué Bécquer el que infundiendo en las yertas reseñas arqueológicas el furor divino de su cálida poesía, llevó el primero al espíritu de los lectores ese sabor de bella amargura, de acerba cuanto dulce remembranza con que su verbo seduce al hablar del misterio toledano. Bécquer fué quien dijo de manera inimitable que Toledo debe de ser intangible. El nos

he reunido y no los, consigno ahora, porque se me acaban los minutos que tengo para trazar estos renglones.

Gustavo y Valeriano fueron un alma, un alma en dos cuerpos, y en Toledo se llevará a cabo la obra de unir en un mismo recuerdo y en una misma glorificación los dos nombres.

FRANCISCO ALCANTARA

“In memoriam.”

Mientras guarden las almas el recuerdo del inmortal poeta de las *Rimas*, y honremos a Gustavo Adolfo Bécquer,

«¡habrá poesía!»

CARLOS MIRANDA

TOLEDO-SEVILLA

El director de DIARIO TOLEDANO tiene la bondad de requerirme unas cuartillas para un extraordinario en honor de Gustavo Adolfo Bécquer. Ha hecho bien; porque, a pesar de mi insignificancia literaria y personal, represento—aunque inmerecidamente—al pueblo sevillano; y es justo que entre el coro en su homenaje suene la voz de Sevilla, madre del poeta.

Aquí lo tenemos bajo la copa espléndida de un árbol de nuestro Parque—sinfonía de verduras y de trinos en primavera—ved su cabeza altiva como un Dios y pensativa como un hombre. La vieja capa española ciñe su busto, y a sus plantas, de mármol y de bronce,

patrias, os saludo también, deseándoos, con frase de otro gran artista latino, que «la Belleza os cubra de luz y Dios os guarde».

MARQUES DE TORRENUUEVA
Alcalde de Sevilla.

El último romántico.

Toledo, al sonar se entrega;
el río, suspira un cántico.
¡Por la Cuesta de la Vega
sube el «último romántico».

¡Oh, Bécquer! ¡Oh, peregrino
sin fortuna!

No tienes, en tu camino,
más compañía que la luna,
ni otra ofrenda, ante tu paso,
trágico, como el de Dido,
que el lamento conmovido
del pastor, de Garcilaso...

¡Oh, poeta! ¿Por qué avanzas
de la noche bajo el tul?
¿Es qué esperas ver las lanzas
de Gazul?

¿Es qué aguardas la celada
de marlotas y alquiel,
tras la túnica sagrada
de Raquel?

¿O es acaso que el rincón
del Alcázar se mancilla
porque firma Carlos Quinto
la sentencia de Padilla?

¡Oh, Amor, que tejes tu venda
y afilas la dura aljaba
acéchándolo en la senda
de Rodrigo y de la Cava!
¡Llora, Amor, a tu elegido;
llora tu suerte y su suerte,
que el poeta ya va herido
por la aljaba de la Muerte!

Al pie de la rota almena,
le dió un trance de agonía.
¡Bajo la luna serena
el poeta se moría!
Y de la visión extraña
entre el manto de Leyenda,
Cupido mostró su venda
y la Muerte, su guadaña...

Quando el sol doró los cerros
animando las besanas
se oyó el latir de los perros
y el sonar de las campanas.
Toledo, al vivir se entrega;
la Vida, entona su cántico...
¡Por la Cuesta de la Vega
baja «el último romántico!»

CRISTÓBAL DE CASTRO

UNA CUARTILLA

Accediendo a la galante invitación del director de DIARIO TOLEDANO, acometo la para mí magna empresa de dedicar una cuartilla a cantar las excelencias del malogrado poeta Gustavo Adolfo Bécquer.

Honrado por tan inmerecida distinción, quisiera, señor director, poseer hoy aquella poética inspiración del gran cantor, para engrosar el coro de merecidas alabanzas a su memoria; pero habrá de perdonarme, si estas mal pensadas líneas no responden ni a sus deseos, ni a los míos propios.

Admirador entusiasta de Toledo, mi patria chica, emporio de la belleza artística y cuna de los grandes genios, había de serlo necesaria, forzosamente, del mágico poeta sevillano, que tantas veces cantara la pureza del cielo azul de Toledo.

Por eso, ahora, rememorando aquellas épocas, ya remotas, en que Gustavo Adolfo Bécquer, bañándose en la oleada de inspiración en que Toledo había de envolver su pensamiento idealista, compusiera las más poéticas estrofas y las más emotivas leyendas, he de dedicarle esta cuartilla, falta de valor literario, pero llena de admiración hacia aquel que fué uno más a inmortalizar el nombre de esta Imperial Ciudad, que inmerecidamente como alcalde represento.

En nombre, pues, de la vieja urbe, en la que el poeta vivió y en la que supo hallar inspiración para muchas de sus obras, me complazco en remitirle esta cuartilla, humilde homenaje de mi pluma, de la que brotan como cariñoso saludo dos palabras unidas, que encierran todo un poema de admiración al inmortal poeta: ¡Toledo-Bécquer!

FELIX CONDE
Alcalde de Toledo.



Dibujo de Ricardo Marín.

Bécquer.

Gracias a la heroica voluntad de los hermanos Quintero, tiene un monumento, en Sevilla Bécquer, el dulcísimo poeta de la juventud y el que mejor ha expresado la impresión que en las almas soñadoras produce la maravillosa Toledo.

Ahora, Bécquer va a tener también en Toledo un monumento; contemos con él, y sigamos soñando. Erigido en Toledo el monumento a Bécquer, lo inmediato es que la juventud toledana que lee se sienta más cerca del poeta, le lea más. Tras de esto podría surgir en algún corazón ferviente la idea de constituir un grupo que podría llamarse *Los amigos de Bécquer*. ¿Qué placer más exquisito para las almas poéticas, que el de leer unos versos de Bécquer, alguno de sus cuentos, alguna de sus cartas, al pie del monumento, que podrá consistir en un sencillo busto del poeta, colocado en la misteriosa placeta de Santo Domingo, en las inmediaciones de Santa Leocadia ó en cualquiera de los innumerables parajes encantados de la encantada ciudad; encantada por la fuerza de cien siglos de actuación sobre ese solar predilecto del espíritu, de los artistas más poder-

enseñó a amar a Toledo antes de que le conociéramos, a to sus lectores de regiones distantes, y el programa que ha de seguirse para la custodia y conservación de la ciudad única, en sus escritos está. Manos a la obra, queridos compañeros de ensueño.

Pero a Bécquer, a Gustavo Bécquer, le falta algo; le falta la compañía de su hermano. Los dos no fueron más que uno. Ambos poetas, Gustavo escribió la poesía y Valeriano la pintó. Es injusto el separarlos en la muerte y en la gloria, porque la poesía de Bécquer, en muchos casos, es inspiración del pintor, y la pintura de Valeriano, inspiración del poeta. Murieron casi a la vez, pues no podían vivir el uno sin el otro. Y será ese grupo de los amigos de Bécquer, el encargado de impedir en lo sucesivo la cruel separación de tan delicados poetas, para lo cual puede formarse con toda la calma que aquí imponen la falta de ambiente y de medios, pero sin cejar un punto, un album (y con los medios de reproducción que hoy existen es fácil) en el que se reúnan los admirables dibujos y cuadros de Valeriano y cuantas anécdotas, bocetos probados y referencias enlazaron la existencia de Gustavo y de Valeriano Bécquer.

Con este objeto ofrezco cuantos da-

los hijos de su genio, más inmortales que aquéllos, se ofrecen a la admiración del viandante, entre la libre trama de las enredaderas.

La espléndida genial de los Quinteros ha hecho surgir, en la fronda luminosa de un jardín de su tierra, este monumento al más dulce y al más eterno de sus hijos; expresión del amor inefable que cada sevillano lleva en su pecho hacia él y que cultiva, como una flor de dulzura, en el vergel ideal de sus recuerdos.

¡Sevilla y Bécquer! ¡Es lo mismo! ¿Cómo apartar uno y otro nombre? ¿Cómo olvidar, cuando se evoca a Bécquer, a esta tierra que fué la suya: tierra de las golondrinas y las madreselvas, en la que se ama «atónito y mudo y de rodillas», y donde el amor pasa, estremeciendo la tierra é incendiando «los infinitos átomos del aire» bajo el fuego glorioso del sol?

Por eso Sevilla por mí os dice: «Bien hayan los toledanos, que al enaltecer a Bécquer se honran y enaltecen. Bien haya la raza que gloria a los héroes de la raza. ¡Salud a quienes sabiendo alzar su corazón de la ciénaga de materialismo y de dureza, de violencias y de rencores, de cosas bajas y groseras que nos envuelve, elevarlo a las radiantes cumbres del sentimiento y la ternura, de la espiritualidad y la delicadeza, del arte y del amor, hijos del cielo!»

Y a vosotros, señores de DIARIO TOLEDANO, que tan alta prueba dais de vuestra cultura y adhesión a las letras